

SÓCRATES (470-399 A.C)

OLGA BELMONTE GARCÍA
Profesora Universidad Pontificia Comillas
obelmonte@chs.upcomillas.es

La vida ofrece muchos espacios en los que poder aprender o ser uno mismo fuente de enseñanzas. En este caso, nos vamos a centrar en la figura de Sócrates, un gran maestro, a pesar de no estar vinculado a entornos educativos y de no considerarse a sí mismo un sabio. Sócrates fue un maestro porque con su vida logró que un encuentro cotidiano pudiera ser una ocasión para buscar la verdad en diálogo con otros. Sócrates no tenía, por tanto, alumnos, sino discípulos: jóvenes que se acercaban a él con el fin de recibir sus enseñanzas, de aprender de su forma de entender la vida y de vivirla, incluso de perderla, pues murió a causa de su compromiso con la búsqueda del bien y la verdad.

Tras estudiar a los Presocráticos, que ofrecían explicaciones muy diferentes sobre la realidad, Sócrates comprendió que la pregunta fundamental que incumbe a todo ser humano no es ¿qué es la realidad? sino ¿cómo se debe vivir? Sócrates vinculó la búsqueda de la verdad con la vida buena. Comprendió que la primera certeza con la que nos encontramos es nuestra propia existencia: vivimos, pero nuestra vida no es plena, no es perfecta, sino que es siempre una tarea inacabada. ¿Cómo debemos vivir, para alcanzar la vida plena?

La vida buena exige, ante todo, el cuidado del alma, la búsqueda de bienes espirituales (y no materiales). A través de sus diálogos, Sócrates nos muestra la importancia radical de las palabras, que son un modo de actuar en el que no sólo nos referimos a cosas o a otros, sino que nos decimos a nosotros mismos. Esto nos debería animar a hablar con la misma seriedad con la que nos expresamos a través de decisiones, acciones o gestos. Nuestras palabras expresan y condensan en unos instantes lo que en nuestra vida puede haber durado años.

Esta capacidad de concentrar la vida en un instante es la grandeza del discurso y a la vez su mayor peligro, pues en él puedo poner a prueba ideas y creencias que han dado consistencia y sentido a toda mi vida. El auténtico diálogo es una oportunidad para elegir una vida auténtica, fundamentada en verdades reconocidas y rechazar una vida basada en opiniones y creencias ciegamente asumidas. Sócrates nos sitúa ante la aventura de confirmar lo que somos, lo que pensamos y aquello en que creemos, a través de lo que decimos.



Rafael: *La Escuela de Atenas* 1509-1510. Fresco. Base: 7,70 m. Stanza della Segnatura, Vaticano.

Sólo sé que no sé nada

Para Sócrates, la vida humana se encuentra continuamente y de forma inevitable en el término medio entre el fracaso y la plenitud. Esto supone que cada instante es decisivo: en él se pone en juego la plenitud de la existencia. Pero no todas las acciones poseen la misma importancia, Sócrates se refiere a las acciones vinculadas con el fin último, es decir, aquellas que son un medio para alcanzar la felicidad. En los momentos culminantes de nuestra vida, el instante es una oportunidad irrepetible (*kairós*), absoluta, que interrumpe la cotidianidad de la vida. Esta posibilidad existencial nos muestra que vivimos siempre entre los instantes fugaces y la eternidad absoluta; es decir, entre opiniones variables y verdades eternas.

¿Qué entendemos por fin último? ¿Qué es la felicidad? Ninguna acción conduce a ella directamente. La felicidad es el fin último porque no es un medio para nada más; es el final de la serie de los "para qué": no tiene sentido preguntar para qué quiero ser feliz, es algo que se quiere por sí mismo y da sentido a todo lo demás. Pero, ¿cómo identificar correctamente el fin último? La filosofía trata de orientar hacia él ofreciendo herramientas que nos permitan reconocerlo y dirigir nuestras acciones hacia la vida plena. Por eso Sócrates no dice qué es el fin último, sino que nos señala un camino (*methodos*) para buscarlo.



Sócrates afirma de sí mismo que es un ignorante: "sólo sé que no sé nada". Pero el hecho de saber que no sabe ya le distingue de quienes creen saber y en el fondo no saben. En este sentido, Sócrates es el más sabio, porque sabe que no lo sabe todo. Este reconocimiento es el punto de partida de la búsqueda del saber, porque el que es ignorante no sabe que no sabe, de forma que no desea saber y por otro lado, el sabio lo sabe todo, por lo que no necesita saber más. Sólo el que sabe que no sabe puede desear la sabiduría. En esto consiste la vida filosófica, pues el filósofo es el que ama (*philo*) la sabiduría (*sophía*).

Conócete a ti mismo

La vida de Sócrates es una pura pregunta. Es un maestro, no porque ofrezca respuestas, sino porque sabe hacer siempre las preguntas adecuadas. El discípulo de Sócrates (como lo fue Platón) recibe de él un método: un modo de preguntar que pone en camino hacia la verdad. El método socrático consiste en el entrecruzamiento de discursos, de forma que el interlocutor reconozca primero su ignorancia y en un segundo momento, trate de buscar el saber que no posee.

Este método se basa en dos supuestos: el discurso es el ámbito en el que puede acontecer la verdad y en los discursos se cree. En el fondo, somos el resultado de los discursos en los que creemos. ¿A qué responden todas las acciones de nuestra vida? Sócrates considera que hacemos lo que hacemos en función de nuestras creencias y nuestras ideas sobre el mundo; ambas configuran nuestras acciones, por lo que son la base de lo que somos.

Por esta razón es tan importante conocerse a sí mismo, porque sólo si sabemos por qué hacemos lo que hacemos, podremos responder por nuestras acciones (responsabilizarnos de ellas). Como afirma Miguel García-Baró, quien vive sobre bases no analizadas, no se pertenece a sí mismo. Esta búsqueda exige, por un lado, la humildad de quien reconoce que no lo sabe todo y necesita fundamentar aquello que sostiene su vida, en diálogo con otros. Por otro lado, exige valentía, pues la aventura de conocerse a sí mismo puede suponer que, tras la experiencia del encuentro con el otro, uno no vuelva a ser el mismo.

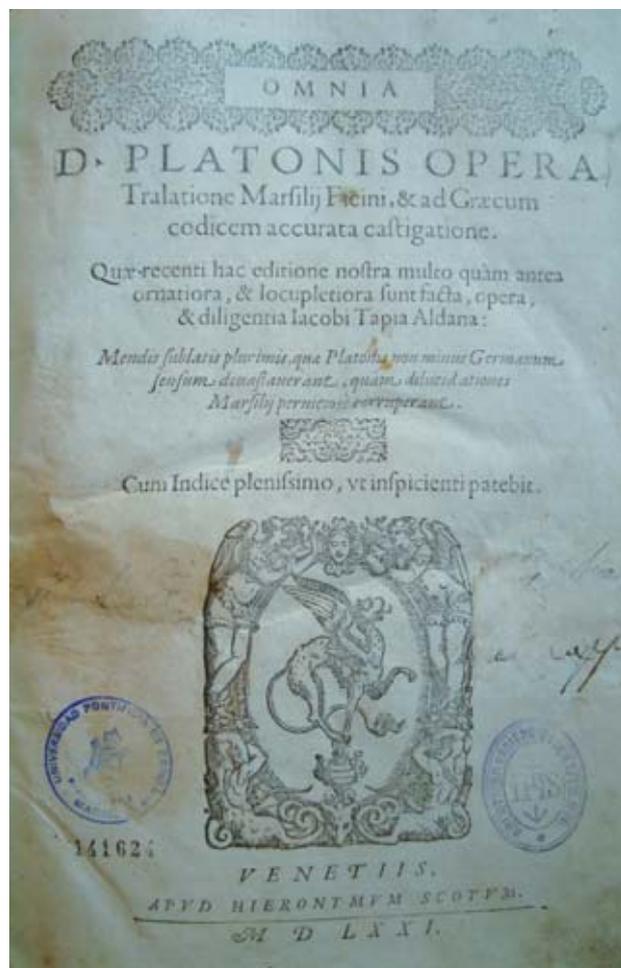
La vida socrática exige, por tanto, reconocer el valor del encuentro con el otro y disponerse, desde la humildad y con valentía, a buscar la verdad y asumir solo aquellas verdades por las que realmente quiero y puedo dirigir mi vida. La vida buena se identifica con la vida filosófica, basada en la pregunta, en la capacidad de sorprenderse y de no dar todo por pensado y dicho. Cada uno de nosotros estamos llamados a responder de nuestra propia existencia, de aquello que hacemos, decimos y somos, con la seriedad que exige esta tarea ineludible que es la búsqueda de la vida plena.

La ignorancia es un mal que hay que evitar continuamente, pues ahoga la propia existencia, nos aleja de nosotros mismos. La vida filosófica nos hace buenos en la medida en que nos orienta hacia el bien, nos permite alcanzar mayor conciencia y sabiduría, reconociendo aun así la distancia insalvable que nos separa del bien. El conocimiento de sí mismo es el punto de partida del conocimiento de la realidad y la base de las acciones morales. Para hacer el bien hay que saber en qué consiste el bien, hay que tener una noción de qué es la bondad. Esto es lo que se ha llamado "intelectualismo moral": la vida buena sólo se alcanza a

través de la búsqueda de la verdad. Para saber cómo debemos actuar, cuál es la acción moralmente buena, Sócrates entiende que es fundamental escuchar la voz interior, que vincula con lo absoluto, con lo divino (presente en todos): en nosotros podemos encontrar signos, presagios que señalan el bien.

Los jóvenes que escuchaban a Sócrates comenzaron a buscar la verdad en sí mismos, en diálogo con otros, de forma que cada vez daban menos crédito a las verdades del Estado (a los dioses del Estado). Pero Sócrates no proponía rechazar la tradición, sino analizarla, cuestionarla, de forma que o bien pudiera ser asumida conscientemente, y no de forma ciega y acrítica; o bien fuera transformada si así lo exigía el bien de la polis. A medida que maduramos, tenemos que resolver de un modo personal los problemas fundamentales de nuestra existencia y para ello no hay que asumir ciegamente la lección que nos viene dada, sino dialogar con ella. Esta actitud permitirá que seamos realmente interlocutores con derecho a la palabra en el proceso de construcción de nuestra identidad y no meras reproducciones de identidades socialmente prefijadas.

Pero no todo diálogo es un diálogo filosófico, no toda vida es vida filosófica. La vida filosófica exige un verdadero esfuerzo: querer vivir de un modo diferente al cotidiano; querer que nuestros diálogos sean verdaderos encuentros, verdadera ofrenda de sí mismo. La vida filosófica supone atender de un modo especial a las propias vivencias y a la realidad, de forma que se mantenga siempre vivo el compromiso con la verdad y la responsabilidad con respecto a las propias acciones.





Prefiero padecer injusticia antes que cometerla

Sócrates transmitió con su vida y su amor a la verdad la importancia de vivir de un modo justo. Creía en la ley, en la justicia entendida como una verdad sagrada y eterna. Pero las leyes de un Estado no son la ley misma (la justicia), sino interpretaciones y aplicaciones concretas de la ley. Sócrates considera que las leyes humanas, que en cada momento intentan representar la ley eterna, son refutables, pueden discutirse, si la realidad lo exige.

Esta interpretación de las leyes hizo que los representantes de la Ley consideraran a Sócrates una amenaza para la estabilidad de la Polis. Fue condenado a morir, por atentar, según ellos, contra las leyes de la Polis y por instigar a los jóvenes a cuestionarlas. Aunque tuvo la oportunidad de escapar, Sócrates decidió beber la cicuta, el veneno que le llevaría a la muerte, porque para él por encima de todo estaba la justicia. En ese momento estaba representada por leyes injustas, pero eran su expresión en la polis, por lo que debía acatarlas. Prefirió padecer injusticia antes que cometerla; prefirió someterse a leyes humanas (aunque se tratase de leyes injustas) antes que desobedecer a la justicia (tal y como en ese momento estaba representada en la polis).

Con su muerte, mostró a sus discípulos el carácter sagrado de la justicia, y el carácter imperfecto y limitado de las leyes humanas, capaces de condenar a un hombre bueno y justo. Si hubiera desobedecido, la enseñanza transmitida sería muy diferente, pues podría entenderse que defiende el hecho de que cada cual busque su provecho interpretando las leyes y acatándolas o no dependiendo de su situación, de la conveniencia. Comprendieron, en cambio, que las leyes deben ir perfeccionándose, aunque en cada momento hay que respetarlas, por el bien de la Polis. Como discípulo de Sócrates, Platón comprendió que la labor del filósofo debía ser buscar la verdad para alcanzar la justicia, es decir, para proponer unas leyes y un modelo de gobierno justo.

Otra de las enseñanzas que transmitió Sócrates con su vida es que el criterio para reconocer el bien y la verdad no debe ser externo a uno mismo, sino reconocido internamente. La polis influía de tal modo a los jóvenes que únicamente importaban las apariencias, lo superficial, la fama. Sócrates mostró la importancia de obrar bien con independencia del reconocimiento externo. Es en el interior donde se encuentra la voz del absoluto, la posibilidad de reconocer la verdad eterna y no en el exterior; en la voz de la muchedumbre, que es cambiante, porque depende de las modas.

Sócrates logra encontrar el equilibrio entre la multiplicidad de opiniones (la fugacidad del tiempo) y la verdad una (eterna), gracias a la absolutización del instante: en cada momento podemos elegir entre la verdad o la mera opinión; entre la justicia o la interpretación interesada de las leyes; entre la fidelidad a uno mismo o la dependencia respecto de lo que las modas imponen en cada momento. Quien vive la vida únicamente en función de lo que otros puedan pensar de él, basa su existencia en una cobardía absoluta.

La propuesta de la vida fácil, sin examen, es que cabe renunciar a todo para conservar el reconocimiento, el éxito social... La propuesta de la vida filosófica, la vida que se mantiene en continuo examen es que cabe renunciar a todo si así conservo la mirada orientada hacia el bien y la verdad, si así me mantengo vinculado con lo absoluto. Ahora bien, hemos hablado

de Sócrates como un modelo de vida filosófica y en ese sentido, como un maestro. Pero ¿en qué medida la vida filosófica es algo que se puede enseñar? ¿Puede aprenderse la actitud filosófica o depende del carácter de cada individuo?

Sócrates como maestro

Cuando se intenta que alguien adquiera una mirada filosófica es fácil caer en el adoctrinamiento, en la "lección", en lugar del diálogo. Pero esta es la posición del sofista, que se considera a sí mismo un sabio, capaz de formar a los hombres. Sócrates en cambio opta por el diálogo, en el que el otro se va moldeando a sí mismo, gracias a la imagen que le devuelve el encuentro con el otro. La filosofía, entendida como actitud filosófica, no se aprende si no hay ya en el otro una semilla filosófica, una inquietud por la verdad y un compromiso serio con la propia existencia. En el caso de la filosofía, se puede ser ocasión para que el otro empiece a filosofar; pero no se puede ser maestro en sentido tradicional (sí de Historia de la Filosofía, pero no de filosofía, entendida como actitud vital).

En el fondo, la verdadera maestra es la vida; ella es la gran oportunidad para ser nosotros mismos. Sócrates es la ocasión para que atendamos a las enseñanzas de la vida, que siempre dice verdades sobre cómo debemos vivirla. El diálogo con otros facilita este aprendizaje, pues gracias a él conocemos otras experiencias, ampliamos nuestra mirada respecto de la vida. La filosofía no puede dar reglas definitivas y seguras sobre cómo vivir la vida, pero sí nos recuerda la importancia de plantearse cada día cómo debemos y queremos vivirla. Y no sólo la vida es la gran maestra, también lo es la muerte, su hermana, pues vivir significa también tener que morir. La filosofía también nos recuerda que aprender a vivir es también aprender a morir. Sócrates no solo fue un maestro por su forma de vivir, sino por el modo en que decidió morir: por amor a la verdad, por amor al bien.



Para saber más

- PLATÓN (1987-1999). *Diálogos* Madrid: Gredos.
- GARCÍA-BARÓ, M. (2008). *El Bien perfecto. Invitación a la filosofía platónica*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- GARCÍA-BARÓ, M. (2009). *Sócrates y herederos. Introducción a la historia de la filosofía occidental*. Salamanca: Ediciones Sígueme. Salamanca. 2009.



Textos

Sócrates comprendió que la primera certeza con la que nos encontramos es nuestra propia existencia: vivimos, pero nuestra vida no es plena, sino que nos plantea la tarea de ir realizándola y perfeccionándola.

¿Cómo podemos alcanzar la vida plena? Sócrates afirma que la vida buena exige, ante todo, el cuidado del alma, la búsqueda de bienes espirituales (no materiales).

«Quizá alguien diga: “¿No te avergüenzas, Sócrates, de dedicarte a tal ocupación que por ella bien puede ser ahora que vayas a morir?” A quien dijera esto, le contestaría yo estas justas palabras: “No hablas como se debe, amigo, si piensas que tiene que calcular las posibilidades de vida o muerte el hombre que vale algo. Este hombre, cuando actúa, sólo debe mirar si lo que hace es justo o injusto; si es la obra propia de un hombre bueno o la de uno malo [...]”.

Así es en verdad, atenienses. Cuando uno se ha situado en un lugar porque ha pensado que era el mejor, o porque le ha colocado en él quien le manda, me parece que es preciso afrontar ahí el peligro, sin calcular ni la muerte ni ninguna otra cosa que no sea el mal. [...] Porque temer la muerte, atenienses, no es sino creer ser sabio no siéndolo, ya que es creer que se sabe lo que no se sabe. Nadie conoce la muerte ni sabe si no resultará ser el mejor de todos los bienes para el hombre, pero todos la temen como si supieran muy bien que es el mayor de los males. ¿Cómo no va a ser ésta la ignorancia más vituperable: creer saber lo que no se sabe? Yo, atenienses, seguramente es en esto en lo que me diferencio de la gente, y si en algo se dice que soy más sabio que otros, debe de ser en esto: en que ya que no sé lo bastante sobre las cosas que hay en Hades, pienso que las ignoro; en cambio, que delinquir y desobedecer al que es mejor, tanto si es Dios como si es hombre, es malo y vergonzoso, esto sí lo sé. De modo que por males que sé que son males jamás temeré ni rehuiré lo que no sé si no resultará ser un bien. Así que, tanto si me absolvéis, [...] si me decís luego: “No vamos a hacer caso a Ánito, Sócrates, sino que te absolveremos, con la única condición de que jamás vuelvas a pasar tu tiempo en tu investigación y viviendo como un filósofo, de modo que si se te sorprende volviendo a las andadas morirás”... Si, como digo, fuerais a absolverme con esta condición, os tendría que hablar así: “Yo, atenienses, os aprecio y os quiero bien, pero he de obedecer antes al Dios que a vosotros; así que mientras respire y sea capaz de ello, no dejaré de vivir como filósofo y de exhortaros y conminaros, a cualquiera de vosotros a quien me encuentre, diciéndole lo que suelo: “Querido amigo, que eres ateniense, ciudadano del Estado más poderoso y más célebre por su sabiduría y su fuerza, ¿no te avergüenzas de cuidarte de tener todo el dinero posible, y de la reputación y los honores, mientras que no te ocupas, en lo que hace a la sabiduría, la verdad y el alma, de cómo llevarlas a perfección, ni piensas en tal cosa?”. Y si alguno de vosotros no está de acuerdo con estas palabras mías y

dice que sí se cuida de este asunto, no lo soltaré sin más ni me marcharé, sino que lo interrogaré, lo examinaré y lo pondré a prueba, y si me parece que no ha alcanzado la excelencia, aunque dice que sí, lo vituperaré porque pospone lo que más vale a lo que vale menos y prefiere las cosas fútiles. [...] Y es que esto es lo que me ordena el Dios, sabedlo bien, y por mi parte creo que para vosotros no hay mayor bien en el Estado que mi servicio del Dios. Porque voy de un sitio a otro sin hacer otra cosa que tratar de persuadirlos, ya seáis jóvenes o viejos, de que no os cuidéis del cuerpo ni del dinero ni antes ni con más empeño que del alma: de cómo será excelente; y os digo que la excelencia no procede del dinero, sino que es de la excelencia de donde proceden para el hombre la riqueza y todos los demás bienes, tanto privados como públicos. Si por decir esto corrompo a los jóvenes, lo que digo sería nocivo; y si alguien afirma que digo algo que no sea esto, su afirmación no vale nada. Después de todo lo cual os diría: “Atenienses, [...] tanto si me absolvéis como si no, yo no podré hacer otra cosa, aunque deba morir por ello muchas veces”. [...] Comprended que si me matáis siendo como digo que soy, no me perjudicaréis a mí más de lo que os perjudicaréis a vosotros mismos. [...] No será fácil, atenienses, que surja entre vosotros otro así; de modo que, si os dejáis persuadir por mí, absolvedme. Posiblemente, indignados conmigo en seguida, como los que son despertados en medio de su sopor, me aplastéis, haciendo caso a Ánito, y me matéis fácilmente; pero entonces pasaréis el resto de vuestra vida durmiendo, si el Dios, preocupado por vosotros, no os envía a algún otro».

La defensa de Sócrates.

Traducción de Miguel García-Baró (28b-31a).

